

## Volodia, el inconsecuente

Quizás en los años finales — medio siglo después de amar a Stalin — Volodia se refugió en la literatura como una forma de reconocer que la fe, incluso sin Dios, es un exceso. Y es que — al contrario de lo que se dijo en su velatorio — el mundo es mejor gracias a la inconsecuencia. Después de todo, ¿qué sería de nosotros si, comunistas o no, nos mantuviéramos siempre fieles a lo que creemos?



CARLOS PEÑA

Hiler, por ejemplo, fue un modelo de consecuencia. Se hubiera sido inconsecuente — es decir, si sus ideas febriles que lo poseyeron no hubieran guiado su conducta — el mundo se habría ahorrado un millón de sufrimientos. Por eso, gracias a Dios, quienes piensan que están en posesión de la verdad absoluta no son consecuentes. Si lo fueran, el mundo no valdría la pena: todos los que nos envolvimos no mereceríamos ni hablar, ni leer.

Por desgracia, Pimochet fue consecuente. Si no se hubiera tomado en serio su anticomunismo, habríamos sufrido menos.

En suma, la inconsecuencia es a veces mejor que la coherencia estricta. Descartar de las propias ideas — no olvidar que son esas ideas — y no transformarse nunca en dogmas a los que hay que servir sin restricciones, parece ser un valor superior a la consecuencia.

Como sugirió Kolakowski — en su famoso elogio de los inconsecuentes — el mundo es un lugar habitable gracias a que está lleno de tipos que creen a pie juntillas en una cosa, pero tienen el buen sentido de no llevarla a la práctica. Ascetas que, junto con disfrutar a escondidas los placeres que escapan, tienen la gentileza de no imponer las restricciones que predicar; poseedores de la verdad absoluta que, sin embargo, se detienen ante el secreto de cada conciencia; creyentes en la superioridad racial que, no obstante, son capaces de vivir como iguales con los que juzgan inferiores.

Si el asceta, el poseedor de la verdad, el misero o el creyente cultivan la modestia, este mundo será un inferno.

El mundo en cambio es habitable gracias a que los fanáticos — los como usted al extremo de sacrificarse — lo todo, especialmente a nosotros — son una minoría.

Al revés, el mundo parece mejor gracias a esa multitud de inconsecuentes que proclaman los derechos de los criminales y, sin ningún problema, se preparan un libro; esas personas que pelean acerca de la impertinencia de la alta cultura mientras se debaten

con la tele; esas muchedumbres que se golpean el pecho y vuelven a pecar; esos neoliberales que no les entragan nada al marxista; esos comunistas que van a misa y hacen misa; esos armados de la familia que buyen del horror doméstico.

En suma, el mundo funciona gracias a esa mayoría de personas que no ejercitan esa sarnosa virtud que, en

algunos creen ver en Volodia.

Por eso quizás sea mejor pensar en Volodia Lettboim como un inconsecuente. Alguien que supo que la fe que profesó era un exceso. Y que por eso, en los años finales, se refugió de lleno en la literatura, en esa actividad gozosa y discreta que es cualquier cosa menos un programa de acción. Quizás revisó las vidas de Neruda, Huidobro, Mistral, Reyes y la otra, acompañado de sus gatos y de sus recuerdos, como una forma de cardiorarse y reconocerse para sí mismo que la vida es un ejercicio imperfecto, lleno de ideas y de verdades, de ciertas decisiones incógnitas y de dudas — sería bueno, o casi nada, sin la inconsecuencia. ■

# Volodia, el inconsecuente [artículo] Carlos Peña.

## Libros y documentos

### AUTORÍA

Peña, Carlos, 1959-

### FECHA DE PUBLICACIÓN

2008

### FORMATO

Artículo

### DATOS DE PUBLICACIÓN

Volodia, el inconsecuente [artículo] Carlos Peña.

### FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

**INSTITUCIÓN**

[Biblioteca Nacional](#)

**UBICACIÓN**

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile